LECTURA DE FRONTERAS

Suele ser habitual que las explicaciones introductorias sirvan sobre todo a la tranquilidad del autor, que echa de menos cosas que nadie echará, y busca justificarse cuando nadie le pedirá que lo haga. Así siendo, podré eximirme de todo esfuerzo por convencer a nadie de la bondad y de la coherencia de esta compilación de textos. Diré lo mínimo obligado.

Que no aspiro a haber escrito ni la última, ni la anteúltima palabra sobre lo que aquí se trata. Que tampoco he pretendido apurar el estado de nuestros conocimientos. Que, si se buscaran referencias bibliográficas y/o documentales, se hallarían también carencias: algunas, por simple ignorancia; casi todas porque, tratándose de ensayos, importa la reflexión mucho más que la exhibición erudita y, a fin de cuentas, porque no siento que los aquí reunidos, escritos en diferentes momentos de un pasado a veces lejano, hayan perdido vigencia o exijan sustanciales revisiones.

Nada de esto significa que esté instalado en el reino de las certidumbres. Dudo de muchos planteamientos, de muchos juicios, de muchas ponderaciones. El historiador que no quiera ser mero cronista, deberá aceptar con naturalidad el carácter problemático de su trabajo, y soportar con talante deportivo esa tara consustancial al oficio. Obligado a concluir, me acojo, como es obvio, a las conclusiones que más me convencen. Pero, ayer, cuando escribía estos estudios, como hoy, cuando me atrevo a reeditarlos, sigo instalado en el escenario frágil de las interpretaciones y no en el bastión arrogante de las seguridades.

Me sobreviene idéntico escepticismo sobre la unidad de la obra. Suele obsesionar a los autores de este género recopilatorio, marcado por la dispersión. No es enteramente mi caso. Creo que lo unitario no es forzosamente un ideal, y sí magnitud relativa. Si no, veamos. En este libro, tres de los estudios versan sobre: la evolución en tiempo largo de las relaciones peninsulares; la ponderación y las razones de los paralelismos y de las divergencias que jalonan el devenir histórico de los Estados ibéricos; las percepciones externas de un caso y un tiempo. Otros tres realizan una amplia incursión en tiempos y problemas fundamentales del XX portugués: la I República; el epílogo *marcelista* del *Estado Novo;* la resisten-

cia de Lisboa frente a los retos mundiales de la descolonización. Sería fácil por tanto percibir una coherencia temática, bien que *externa*, en los estudios que se presentan.

Pero, buceando un poco en el conjunto, se hace visible la existencia de un problema de fondo, que inscribe y da sentido a los diversos artículos. El libro trata de Portugal y de España, pero, a la primera mirada, el lector se percata del mayor peso –implícito– de la iniciativa portuguesa. Y no solo por los tres capítulos de más, que priman el protagonismo portugués en esta obra. Sino por el hilo conductor, más o menos subyacente, que hilvana las distintas *facies* de la historia aquí narrada: la de una "larga duración" portuguesa de afirmación de intereses "nacionales" prioritarios y discutidos por el exterior; identificados con los dos espacios de la geopolítica lusitana: el de la Península; el del Imperio. Entre ambos, por supuesto, se da una estrecha relación. Cada uno de ellos inspira en gran medida una parte de la obra.

El peninsular ocupa las páginas de la parte primera. Lo que en ella se discute es nada menos que el complejo de vicisitudes y circunstancias históricas en que se afinca el hecho identitario de Portugal, dentro de la Península. Fenómeno de primer orden, que se concreta en la defensa de una *frontera-raya*, llena de implicaciones políticas, económicas, culturales, simbólicas, en las que, naturalmente aquí no se entra. "Frontera de aislamiento" se ha titulado; "frontera de seguridad nacional", podía también haberse rotulado. Fue ambas cosas durante muchos siglos. Frontera continental buscada, lograda y defendida con éxito histórico por los portugueses. Frontera distendida desde el franquismo y, tres siglos y medio después, reabierta por la imperativa comunicación europea.

El escenario oceánico, tan viejo como el *continental*, llena toda la segunda parte del libro con idéntico significado fronterizo. Solo que el mar –*frontera-marca*, expansiva, de *seguridad activa* para Portugal– es la herencia de una extraversión que, año a año, siglo a siglo, fue forjando una *nación-mundo* tan fantasmal –de "Minho a Timor"– como entrañable. Ahora bien la avalancha descolonizadora desde mediados del XX la condenó de forma irremisible: abatiendo al Estado que la cobijaba –y por ella se desangraba–; liberándola de su dictado imperial. En su defensa, el viejo Portugal *ultramarino*, cristalizado símbolo de la patria que tiene su clímax paranoide en el *Nuevo Estado* salazarista, se verá enfrentado al mundo y a los "vientos de la Historia". Resiste y pierde. Resiste con las armas y con la diplomacia de las Azores; pierde, agotado en un esfuerzo sin porvenir; víctima de las armas de su propio ejército. Desde que comenzara la gran embestida de las fuerzas mundiales fue ésa la "frontera del abandono"; de la "soledad" si se prefiere.

Tiene ésta, como todo en historia, muchos reflejos y otros tantos posibles retratos. En su "soledad", he recogido dos. Uno está hecho con pinceladas de la historia político-diplomática más convencional. Y resume su

inamovible empeño en el desigual combate entre dos realidades: el de los "vientos de la Historia"; el del imperativo moral que el viejo Salazar pretendía imponerles cuando replicaba a las dudas de D. Juan de Borbón sobre las posibilidades de la resistencia: "funcione o no funcione (esa resistencia), es mi obligación". El otro, es un retrato humano de la postrera resistencia y el inevitable derrumbe. Ambos –resistencia y caída–, vistos desde las razones y las emociones de la figura del sucesor de Salazar, segundo y último presidente del Consejo de Ministros del Estado Novo. Protagonista de excepción en la liquidación histórica del viejo Portugal; patética figura de un pesar, y hasta de un inconfeso remordimiento, aún más dolorosos en el bullicio festivo de liberación social que acompaña el florido golpe militar de Abril. Esa historia interna, contada desde dentro, en las palabras y en las emociones de Marcelo Caetano, no es menos historia por ser humana, ni es menos importante por concentrarse en un individuo. Sino que su posición estratégica –a horcajadas entre dos tiempos–, el protagonismo que en ellos desempeña y la abundancia de su argumentario, constituyen ineludibles piezas para una historiografía que no tiene por qué ser únicamente validada en sus virtudes canónicas. Pero ni siquiera precisan justificarse los *depoimentos* marcellistas por su contribución al conocimiento de los aconteceres externos. Su biografía –que no es lo que habitualmente se hace en el oficio; mucho menos lo que yo he intentado hacer aquí– posee importancia intrínseca, por la sencilla razón de que apunta al hombre: demasiado importante para obviarse; demasiado complejo para permitir el lujo del desprecio de cualquiera de sus infinitos componentes. Su hundimiento –ampliamente narrado en la propia confesión de lo que quiso hacer y no pudo– es una de las caras de la derrota. La que he querido reflejar. No habrá de esperarse la narración político-diplomática, mucho menos militar, de ese derrumbe de la segunda frontera. Sino uno de sus más visibles y humanos registros: el del hombre –combativo, amargado, rencoroso– caído en la frontera de *Abril*; muerto de antemano en su "frontera de la soledad".

Al final, he conseguido meterme en el jardín que no quería. Para acabar diciendo que resultará tan fácil como difícil encontrar coherencias al conjunto. Podrían hallarse muchas o ninguna; éstas o aquellas. He sugerido las que yo veía. Pero no es cuestión de provocar, con innecesarias demostraciones, la inteligencia del lector. Ni falta hace: con esta declaración de radical contingencia intelectual, el autor se sentirá eximido. Si uno a uno valen algo estos trabajos –y, honestamente, cree que sí– , le bastará lo que valgan; si todos ellos ofrecen un conjunto de piezas mínimamente interrelacionadas que permitan sospechar y animen a discutir el calado histórico de un *leitmotiv* , peninsular, dominado por la iniciativas portuguesa, dará por buena la dudosa decisión de haberse lanzado a alumbrar esta publicación.

El conjunto reedita trabajos anteriores. No los reproduce sin más. Aparte de retoques menores, dos de esos estudios han sido muy transformados. El que aborda las relaciones peninsulares a lo largo de medio

milenio, es la fusión de otros tres, lo que ha exigido importantes reajustes y algunas ampliaciones para darle entidad unitaria. El relativo a Marcelo Caetano se amplía ahora con un nuevo capítulo de los fundamentales años del exilio.

Sobre este último, solo una declaración: es un tanto peculiar porque acude a material de autorretrato, que no admite crédito absoluto, ni total ignorancia; que exige alguna literatura; que, más que otras fuentes, se aproxima al *hombre*. Es un producto imperfecto e incompleto que podrá suscitar reservas. Este elemental bosquejo de "biografía interna", desde dentro, solo puede exhibir dos virtudes: que no es una crónica de acontecer; que, con todos sus defectos, no le disgusta al autor. Lo que es más que suficiente para hacer oídos sordos a la llamada de la ortodoxia.

Santa Bárbara
Noviembre de 2016